

Padre Romano Guardini

EL HIJO DEL HOMBRE

Por aquel mismo tiempo el Señor pronuncia unas palabras por las cuales les revela a los hombres toda su conciencia de Redentor: "En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que escala por otro lado, éste es un ladrón y un salteador; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A éste le abre el portero, y las ovejas escuchan su voz; y a sus ovejas las llama una por una y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas, va delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz. Pero no seguirán a un extraño, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños" (Jn 10, 1-5).

Si bien estamos bastante familiarizados con esta parábola que nos propone el Señor, las imágenes del mundo pastoril no tienen ya para nosotros la actualidad de otros tiempos. Incluso nos invade una cierta perplejidad cuando se compara a los creyentes con un rebaño de ovejas. Somos por lo común hombres urbanos, ajenos al entorno rural. Pero también aquellos que viven en el campo en general han perdido sensibilidad para percibir lo que significaba el rebaño para la conciencia de un pueblo pastor.

Jesús en cambio les hablaba a hombres en los cuales se mantenía vivo el recuerdo de la época temprana del propio pueblo. Abraham, a quien Dios llamó y condujo hacia una tierra nueva, era pastor y vivía entre sus rebaños. Un pastor príncipe cuyo ganado era tan numeroso que no cabía en el mismo país junto al de su hermano Lot, de tal modo que uno hubo de tomar por la izquierda y el otro por la derecha (Gn 13, 6). Pastor era Isaac, a quien el viejo criado de su padre le trajo una novia, tomándola de junto a la fuente (Gn 24, 2ss.). Pastor era Jacob que sirvió por Raquel siete años y siete más, regresó con la riqueza de sus rebaños y luchó en el camino con el ángel de Dios (Gn 29 y 32).

Cuando los hijos de Jacob emigraron a Egipto en tiempos de la gran hambruna, José presentó a sus hermanos al Faraón refiriéndose a ellos como pastores y se les asignó las tierras de pastoreo de Gosén (Gn 47, 3 y ss.). Sus descendientes retornaron a su país cruzando el desierto como pueblo nómada de pastores. Y aun después de haberse hecho sedentarios, la figura del pastor que vive junto a su rebaño siguió siendo para ellos la imagen primordial de la existencia humana.

La parábola de Jesús debe ser entendida desde este punto de vista, desde el ángulo del hombre que vive continuamente junto con sus animales. Él sabe lo que le pasa a sus ovejas; conoce las peculiaridades y achaques de cada una. Éstas a su vez lo sienten casi como otro miembro del rebaño, el protector y guía; responden a su voz y a sus gestos.

Los fariseos no comprenden lo que Jesús quiere decir con esa parábola. Por

eso el Señor desarrolla y subraya los trazos particulares: "En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido delante de mí, son ladrones y salteadores; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto. El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. Pero el asalariado, que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye, y el lobo hace presa en ellas y las dispersa, porque es asalariado y no le importan nada las ovejas. Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí, como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre" (Jn 10, 7-15).

De esta manera se comprende por sí mismo que Él pueda "llamar a las ovejas por su nombre"; que ellas sean "suyas"; que Él "vaya delante de ellas, y las ovejas lo sigan, porque conocen su voz". ¿Y qué pasa con los "otros" que también quieren ayudar al hombre? ¿Qué ocurre con aquellos que enseñan sabiduría, señalan el camino, apoyan en la lucha por el sentido de la vida? Jesús dice: "En verdad, en verdad os digo: yo soy la puerta de las ovejas. Todos los que han venido delante de mí, son ladrones y salteadores; pero las ovejas no los escucharon. Yo soy la puerta; si uno entra por mí, estará a salvo; entrará y saldrá y encontrará pasto. El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia" (Jn 10, 7-10).

Él es "el Pastor"; pero es también "la Puerta", la entrada del redil. Sólo Él es el acceso hacia lo esencial de la existencia humana. Si alguien quiere ingresar para hablar allí, tiene que acceder a través de Él. Y hay que tomar estas palabras no en un sentido figurado, sino literal. Porque la forma interior de todo lo cristiano es Jesús mismo. Por eso quien quiera hablarle a un hombre para llegar a esa dimensión donde se toman las decisiones esenciales, tiene que pasar por Jesús. Tiene que purificar su pensamiento integrándolo a los pensamientos de Cristo. Tiene que hacer verdadero su discurso incorporándolo al de Jesús. De ese modo pensará y hablará correctamente y su pensamiento arribará al destino adonde debe llegar. Tiene que orientar su intención según el modelo de la intención de Cristo, y embeber su voluntad en el amor de Cristo. Es Cristo quien debe hablar, y no su propio yo. No es a nosotros mismos sino a Cristo a quien hay que llevar a los demás. Porque recién cuando lo llevemos a Él responderá el fondo último del alma, precisamente porque "conoce" a Cristo y "escucha su voz".

Y para que la imagen de la puerta conserve toda su fuerza, el Señor declara: "Todos los que han venido delante de mí, son ladrones y salteadores; pero las ovejas no los escucharon" (Jn 10, 8). Terribles palabras... ¡Todos, salvo Jesús, son ladrones y salteadores! No se reconoce nada. Se desecha toda sabiduría, bondad, inteligencia, pedagogía y misericordia humanas. Aquí se trata evidentemente de una dimensión última que no tolera confusión alguna con lo humano, aun cuando se trate de lo más noble. Comparado con lo que Cristo hace cuando va hacia el hombre, la manera como el hombre dirige

a su prójimo es hurto, robo, hecho de violencia y asesinato.

Romano Guardini, El Señor, 3ª parte, n. 2, p.206-209